



Charles Dickens

La Casa Encantada



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA CASA ENCANTADA

CHARLES DICKENS

PUBLICADO: 1859

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**EDICIÓN ORIGINAL: THE HOLLY-TREE INN AND OTHER
REPRINTED PIECES (1900)**

CAPÍTULO 1

LOS MORTALES DE LA CASA

Ni bajo ninguna de las circunstancias espectrales acreditadas ni rodeado de ninguno de los ambientes fantasmales convencionales conocí por primera vez la casa que es el tema de esta pieza navideña. La vi a plena luz del día, con el sol cayendo sobre ella. No había viento, ni lluvia, ni relámpagos, ni truenos, ni circunstancia alguna aciaga o insólita de ningún tipo que realizase su efecto. Más aún: había llegado directamente desde una estación de ferrocarril; no distaba más de una milla de dicha estación; y, mientras permanecía ante la casa contemplando el camino recorrido, podía ver el tren de mercancías circulando suavemente por el terraplén del valle. No diré que todo era absolutamente vulgar, porque dudo que nada pueda serlo, excepto para las personas absolutamente vulgares —y aquí interviene mi vanidad—; pero sí me atrevo a afirmar que cualquiera podría ver esa casa tal como yo la vi, en cualquier hermosa mañana de otoño.

El modo en que di con ella fue este:

Viajaba hacia Londres desde el norte, con intención de detenerme por el camino para echar un vistazo a la casa. Mi salud requería una estancia temporal en el campo; y un amigo mío que lo sabía, y que había pasado casualmente en coche junto a la casa, me había escrito para sugerirla como lugar

idóneo. Había subido al tren a medianoche y me había quedado dormido, y me había despertado y había estado mirando por la ventanilla las brillantes auroras boreales en el cielo, y me había vuelto a dormir, y me había despertado de nuevo para encontrar que la noche había concluido, con esa habitual y desagradable convicción de que no había pegado ojo en toda la noche; — respecto a la cual cuestión, en la primera idiotez propia de ese estado, me avergüenza creer que habría apostado en duelo con el hombre sentado frente a mí. Ese hombre de enfrente había tenido, durante toda la noche — como siempre ocurre con ese tipo de viajeros —, varias piernas de más, y todas ellas demasiado largas. Además de esta conducta irrazonable (que no era sino de esperar en él), había tenido un lápiz y una libreta, y había estado escuchando sin cesar y tomando notas. Me había parecido que aquellas irritantes notas se referían a los tumbos y sacudidas del vagón, y me habría resignado a verle tomarlas, en la suposición general de que se dedicaba a la ingeniería civil, de no haber sido porque miraba fijamente por encima de mi cabeza cada vez que escuchaba. Era un caballero de ojos saltones y aspecto perplejo, y su comportamiento resultaba insoportable.

Era una mañana fría y apagada (aún no había salido el sol), y cuando hube dejado atrás el resplandor mortecino de los hornos de la comarca industrial y la cortina de humo espeso que se extendía a la vez entre yo y las estrellas y entre yo y el día, me volví hacia mi compañero de viaje y dije:

—Le ruego me perdone, caballero, pero ¿observa usted algo particular en mí?

Pues, en verdad, parecía estar tomando nota de mi gorra de viaje o de mi pelo con una minuciosidad que era un atrevimiento.

El caballero de ojos saltones retiró la mirada de detrás de mí, como si el respaldo del vagón estuviese a cien millas de distancia, y dijo, con un gesto altivo de compasión ante mi insignificancia:

—¿En usted, señor? B.

—¿B, señor? —dije yo, encendiéndome.

—A mí no me importa usted nada, señor —respondió el caballero—; le ruego que me deje escuchar... O.

Pronunció esta vocal tras una pausa y la anotó.

Al principio me alarmé, pues un lunático manifiesto y sin posibilidad de comunicarse con el revisor es una situación grave. Se me ocurrió el pensamiento reconfortante de que el caballero podría ser lo que popularmente se llama un espiritista; uno de una secta por (algunos de) cuyos miembros siento el mayor respeto, aunque no les creo. Iba a hacerle la pregunta cuando él se me adelantó.

—Perdóneme usted —dijo el caballero con desdén—, si estoy demasiado por encima de la humanidad común para preocuparme por ella en absoluto. He pasado la noche —como en efecto paso ahora todo mi tiempo— en comunicación espiritual.

—¡Ah! —dije yo, con cierta brusquedad.

—Las conferencias nocturnas comenzaron —prosiguió el caballero, pasando varias hojas de su libreta— con este mensaje: «Las malas compañías corrompen las buenas costumbres».

—Suenan —dije—, ¿pero es del todo nuevo?

—Nuevo, procedente de los espíritus —respondió el caballero.

Solo pude repetir mi algo brusco «¡Ah!» y preguntar si se me podía favorecer con la última comunicación.

—«Más vale pájaro en mano» —dijo el caballero, leyendo su última anotación con gran solemnidad—, «que ciento volando».

—Ciertamente soy de la misma opinión —dije—, pero ¿no debería ser «volando»?

—A mí me llegó «rolando» —respondió el caballero.

El caballero me informó entonces de que el espíritu de Sócrates había dado esta especial revelación durante la noche. «Amigo mío, espero que se encuentre usted bastante bien. Hay dos personas en este vagón de ferrocarril. ¿Cómo está usted? Hay diecisiete mil cuatrocientos setenta y nueve espíritus aquí, pero usted no puede verlos. Pitágoras está aquí. No tiene libertad para mencionarlo, pero espera que le guste a usted viajar.» Galileo, asimismo, había pasado por allí, con esta noticia científica: «Me alegra verle, amigo. ¿Come usted? El agua se congela cuando hace suficiente frío. Addio.» En el transcurso de la noche, también habían ocurrido los siguientes fenómenos. El obispo Butler había insistido en deletrear su nombre

«Bubler», falta de ortografía y descortesía por la que había sido despedido por estar de mal humor. John Milton (sospechoso de deliberada mistificación) había repudiado la autoría del Paraíso perdido, e introducido, como coautores del poema, a dos caballeros desconocidos llamados respectivamente Grungers y Scadgingtone. Y el príncipe Arturo, sobrino del rey Juan de Inglaterra, se había descrito como razonablemente cómodo en el séptimo círculo, donde estaba aprendiendo a pintar sobre terciopelo bajo la dirección de la señora Trimmer y María, reina de Escocia.

Si estas líneas llegaran a los ojos del caballero que tuvo a bien hacerme estas revelaciones, confío en que me dispensará de confesar que la visión del sol naciente y la contemplación del magnífico orden del vasto universo me hicieron impacientarme ante ellas. En una palabra, me impacienté tanto que me alegré enormemente de bajar en la siguiente estación y cambiar aquellas nubes y vapores por el aire libre del cielo. Para entonces era una mañana espléndida. Mientras caminaba entre las hojas que ya habían caído de los árboles dorados, pardos y cobrizos; y mientras contemplaba a mi alrededor las maravillas de la creación y pensaba en las leyes estables, inmutables y armoniosas que las sostienen; la comunicación espiritual del caballero me pareció la labor más pobre y chapucera que el mundo haya visto jamás. En ese estado de ánimo pagano, llegué a la vista de la casa y me detuve a examinarla atentamente.

Era una casa solitaria que se alzaba en un jardín tristemente descuidado, un cuadrado bastante regular de unas dos fanegas. Era una casa de la época de Jorge II, aproximadamente; tan rígida, tan fría, tan formal y de tan mal gusto como podría desear el más fiel admirador de los cuatro Jorges. Estaba deshabitada, pero había sido recientemente reparada con poco gasto para hacerla habitable; digo con poco gasto porque la obra había sido superficial y ya se deterioraba en cuanto a la pintura y el enlucido, aunque los colores eran frescos. Un cartel torcido colgaba sobre el muro del jardín anunciando que estaba «En alquiler en condiciones muy razonables, bien amueblada». Estaba demasiado sombreada de cerca y con pesadez por los árboles; y, en particular, había seis álamos altos ante las ventanas delanteras, de lo más melancólico, y cuya ubicación había sido elegida de manera sumamente desafortunada.

Era fácil ver que era una casa evitada, una casa que el pueblo rehuía —al que mi mirada fue guiada por el campanario de una iglesia a medio

kilómetro de distancia—, una casa que nadie quería tomar. Y la conclusión natural era que tenía fama de ser una casa encantada.

Ningún momento de las veinticuatro horas del día y la noche me resulta tan solemne como la madrugada. En verano, me levanto a menudo muy temprano y me retiro a mi habitación para hacer el trabajo de un día entero antes del desayuno, y en esas ocasiones siempre me impresiona profundamente el silencio y la soledad que me rodean. Aparte de que hay algo terrible en estar rodeado de rostros familiares dormidos —en saber que quienes nos son más queridos y a quienes somos más queridos son profundamente inconscientes de nosotros en un estado impasible, anticipatorio de esa misteriosa condición hacia la que todos tendemos—, la vida detenida, los hilos rotos del día anterior, el asiento vacío, el libro cerrado, la tarea inacabada y abandonada, son todas imágenes de la muerte. La tranquilidad de esa hora es la tranquilidad de la muerte. El color y el frío tienen la misma asociación. Incluso cierto aire que los objetos domésticos familiares adquieren cuando emergen por primera vez de las sombras de la noche hacia la mañana, de ser más nuevos y como solían ser hace mucho tiempo, tiene su contrapunto en el hundimiento del semblante gastado de la madurez o la vejez, en la muerte, hacia el viejo aspecto juvenil. Es más: una vez vi la aparición de mi padre, a esa hora. Estaba vivo y sano, y de ello no resultó nada, pero le vi a plena luz del día, sentado de espaldas a mí, en un asiento junto a mi cama. Con la cabeza apoyada en la mano, sin que yo pudiera discernir si dormitaba o se afligía. Asombrado de verle allí, me incorporé, cambié de postura, me asomé de la cama y le observé. Como no se movía, le hablé más de una vez. Como tampoco entonces se movía, me alarmé y apoyé la cabeza en su hombro, eso creí..., y no había tal cosa.

Por todas estas razones, y por otras menos fáciles y brevemente expresables, encuentro que la madrugada es mi hora más espectral. Cualquier casa estaría más o menos encantada para mí en la madrugada; y una casa encantada difícilmente podría dirigirse a mí con mayor ventaja que entonces. Continué andando hacia el pueblo, con la imagen de esa casa abandonada en la mente, y encontré al posadero de la pequeña fonda echando arena en el umbral. Encargué el desayuno y saqué el tema de la casa.

—¿Está encantada? —pregunté.

El posadero me miró, sacudió la cabeza y respondió:

— Yo no digo nada.

— ¿Entonces está encantada?

— ¡Bueno! — exclamó el posadero, en un arranque de franqueza que tenía apariencia de desesperación—. Yo no dormiría en ella.

— ¿Por qué no?

— Si yo quisiera que todas las campanas de una casa repicasen sin nadie que las tocara; y que todas las puertas golpearan sin nadie que las golpeara; y que todo tipo de pasos caminasen de acá para allá sin pies que los dieran; pues entonces — dijo el posadero —, dormiría en esa casa.

— ¿Se ve algo en ella?

El posadero me miró de nuevo, y entonces, con su anterior apariencia de desesperación, llamó a gritos al patio de su cuadra:

— ¡Ikey!

La llamada produjo la aparición de un joven de hombros encogidos, con una cara redonda y colorada, una mata de pelo arenoso muy corto, una boca anchísima y burlona, una nariz respingona y un chaleco de grandes mangas con rayas moradas y botones de nácar que parecía irle creciendo encima y que, de no podarse, amenazaba con cubrirle la cabeza y desbordar por las botas.

— Este caballero quiere saber — dijo el posadero — si se ve algo en Los Álamos.

— Una mujer encapuchada con un búo — dijo Ikey, con toda naturalidad.

— ¿Quiere usted decir un grito?

— Quiero decir un pájaro, señor.

— Una mujer encapuchada con un búho. ¡Dios mío! ¿La ha visto usted alguna vez?

— He visto el búo.

— ¿Y nunca a la mujer?

— No tan claro como el búo, pero siempre van juntos.

— ¿Ha visto alguien a la mujer tan claramente como al búho?

— ¡Válgame Dios, señor! Muchísima gente.

— ¿Quién?

— ¡Válgame Dios, señor! Muchísima gente.

— El tendero de enfrente, por ejemplo, que está abriendo su tienda, ¿él?

— ¿Perkins? Ni se acercaría al sitio. ¡No! —observó el joven con considerable sentimiento—. No es que sea muy listo Perkins, pero no es tan tonto como para eso.

(Aquí, el posadero murmuró su confianza en que Perkins tenía más cabeza.)

— ¿Quién es —o quién era— la mujer encapuchada con el búho? ¿Lo sabe usted?

— ¡Bueno! —dijo Ikey, levantando la gorra con una mano mientras se rascaba la cabeza con la otra—. Se dice, en general, que fue asesinada, y que el búo ululó durante todo el tiempo.

Este resumen tan conciso de los hechos fue todo lo que pude averiguar, salvo que un joven —el joven más sano y robusto que se pueda ver— había sufrido convulsiones y había tenido que ser sujetado durante ellas tras ver a la mujer encapuchada. También que un personaje descrito vagamente como «un tipo atrevido, una especie de vagabundo tuerto que respondía al nombre de Joby, a menos que lo desafiase a que era Greenwood, momento en que decía "¿Y qué? Y aunque así fuera, métase en sus asuntos"», se había encontrado con la mujer encapuchada unas cinco o seis veces. Pero estos testimonios no me ayudaron gran cosa, en la medida en que el primero estaba en California y el último estaba, como dijo Ikey (y el posadero lo confirmó), en Cualquier Parte.

Ahora bien, aunque considero con un temor reverente y solemne los misterios entre los que y este estado de existencia se interpone la barrera de la gran prueba y el cambio que recaen sobre todas las cosas vivas, y aunque no tengo la audacia de pretender que sé algo de ellos, no puedo reconciliar el mero portazo de puertas, el repique de campanas, el crujir de tablones y similares insignificancias con la majestuosa belleza y la analogía universal de todas las leyes divinas que me es dado comprender, del mismo modo en que momentos antes había sido incapaz de uncir la comunicación espiritual

de mi compañero de viaje al carro del sol naciente. Es más: había vivido en dos casas encantadas, ambas en el extranjero. En una de ellas, un viejo palacio italiano que tenía fama de estar muy gravemente encantado, y que había sido abandonado dos veces recientemente por ese motivo, viví ocho meses con toda tranquilidad y placer, a pesar de que la casa tenía una veintena de misteriosos dormitorios que nunca se usaban, y poseía, en una gran sala en la que me sentaba a leer innumerables veces a todas horas —y junto a la cual dormía—, una cámara encantada de primera categoría. Insinué amablemente estas consideraciones al posadero. Y en cuanto a que esta casa particular tuviese mala fama, le argumenté: ¿cuántas cosas habían tenido mala fama inmerecidamente, y qué fácil era dar mala fama, y no pensaba él que si él y yo persistiésemos en susurrar por el pueblo que algún viejo y extravagante hojalatero borracho de los alrededores se había vendido al diablo, acabaría con el tiempo siendo sospechoso de tal empresa comercial? Toda esta sabia cháchara resultó ser perfectamente ineficaz con el posadero, debo confesarlo, y fue el fracaso más rotundo de toda mi vida.

Para abreviar esta parte de la historia, me picó el orgullo respecto a la casa encantada y ya estaba casi decidido a tomarla. Así que, después del desayuno, recogí las llaves del cuñado de Perkins (un fabricante de látigos y arneses que lleva la estafeta de correos y está sometido a una esposa severísima de la persuasión del Pequeño Emanuel de Doble Secesión), y me dirigí a la casa, acompañado por el posadero e Ikey.

En su interior, la encontré, como había esperado, trascendentemente sombría. Las sombras que cambiaban lentamente proyectadas sobre ella por los corpulentos árboles eran lúgubres en sumo grado; la casa estaba mal situada, mal construida, mal planificada y mal equipada. Era húmeda, no estaba libre de pudrición seca, olía a ratas y era la víctima sombría de ese deterioro indescriptible que se asienta sobre toda obra de manos humanas cuando no se le da uso. Las cocinas y dependencias eran demasiado grandes y estaban demasiado alejadas unas de otras. Arriba y abajo, tramos desiertos de pasillo se interponían entre manchas de habitabilidad representadas por las habitaciones; y había un viejo pozo mohoso con una vegetación verdosa sobre él, oculto como una trampa asesina cerca del fondo de la escalera trasera, bajo la doble fila de campanillas. Una de estas campanillas tenía una etiqueta sobre fondo negro con letras blancas desvaídas que decía: «El señorito B.». Esta, según me dijeron, era la campana que más sonaba.

—¿Quién era el señorito B.? —pregunté—. ¿Se sabe qué hacía mientras el búho ululaba?

—Tocar la campana —dijo Ikey.

Me sorprendió bastante la pronta destreza con que el joven lanzó su gorra de piel a la campana y la hizo sonar él mismo. Era una campana fuerte y desagradable, que producía un sonido muy molesto. Las demás campanas llevaban inscritos los nombres de las habitaciones a las que conducían sus alambres: «Sala de los cuadros», «Sala doble», «Sala del reloj», y similares. Siguiendo la campana del señorito B. hasta su origen, encontré que ese joven caballero había tenido un alojamiento de tercera clase bastante mediocre en una cabina triangular bajo el desvancillo, con una chimenea en rincón en la que el señorito B. habría tenido que ser extraordinariamente pequeño para calentarse alguna vez, y una repisa de chimenea en rincón como una escalera piramidal hasta el techo digna de Pulgarcito. El empapelado de uno de los lados de la habitación había caído en bloque, con fragmentos de yeso adheridos a él, y casi bloqueaba la puerta. Al parecer, el señorito B., en su condición espiritual, hacía siempre el capricho de arrancar el papel. Ni el posadero ni Ikey podían sugerir por qué hacía semejante tontería.

Salvo que la casa tenía una buhardilla enorme y laberíntica en lo alto, no hice ningún otro descubrimiento. Estaba moderadamente bien amueblada, aunque con austeridad. Parte del mobiliario —digamos una tercera parte— era tan antiguo como la casa; el resto pertenecía a diversos periodos del último medio siglo. Se me indicó que debía tratar el alquiler con un vendedor de cereales en el mercado de la ciudad del condado. Fui ese mismo día y la tomé por seis meses.

Era justo a mediados de octubre cuando me instalé con mi hermana soltera (me aventuro a decir que tiene treinta y ocho años, tan hermosa, sensata y encantadora como es). Nos llevamos con nosotros a un mozo de cuadra sordo, a mi lebrél Turk, dos criadas y una joven a quien llamaban la Chica Comodín. Tengo razones para dejar constancia de esta última empleada, que era una de las huérfanas femeninas de la Unión de San Lorenzo, que fue un error fatal y un contrato desastroso.

El año agonizaba temprano, las hojas caían deprisa, era un día crudo y frío cuando tomamos posesión, y el ambiente sombrío de la casa era de lo más deprimente. La cocinera (una mujer amable pero de entendimiento dé-

bil) estalló en llanto al contemplar la cocina y pidió que su reloj de plata fuera entregado a su hermana (n.º 2 de los Jardines Tuppintock, Paseo de Liggs, Clapham Rise) en caso de que le ocurriese algo a causa de la humedad. Streaker, la doncella, fingía alegría, pero era la que más sufría. La Chica Comodín, que nunca había estado en el campo, fue la única que se alegró, e hizo planes para plantar una bellota en el jardín junto a la ventana del fregadero y criar un roble.

Antes del anochecer, atravesamos todas las miserias naturales —por oposición a las sobrenaturales— propias de nuestra situación. Informes desalentadores ascendiendo (como el humo) desde el sótano en volúmenes, y descendiendo de las habitaciones de arriba. No había rodillo, no había salamandra (lo que no me sorprendió, pues no sé qué es), no había nada en la casa; lo que había estaba roto; los últimos inquilinos debían de haber vivido como cerdos; ¿cuál podría ser la intención del arrendador? A través de todas estas tribulaciones, la Chica Comodín se mostró alegre y ejemplar. Pero a las cuatro horas de haber caído la noche, nos habíamos metido de lleno en el surco sobrenatural, y la Chica Comodín había «visto ojos» y estaba en un ataque de histeria.

Mi hermana y yo habíamos acordado guardar lo del encantamiento estrictamente para nosotros, y mi impresión era, y sigue siendo, que no había dejado a Ikey, cuando ayudó a descargar el carro, solo con las mujeres, ni con ninguna de ellas, ni un solo minuto. Sin embargo, como digo, la Chica Comodín había «visto ojos» (nunca pudo extraérsele otra explicación) antes de las nueve, y a las diez le habían aplicado tanta cantidad de vinagre como para encurtir un hermoso salmón.

Dejo al perspicaz lector que juzgue mis sentimientos cuando, en esas adversas circunstancias, alrededor de las diez y media, la campana del señorito B. comenzó a repicar de manera enfurecida, ¡y Turk aulló hasta que la casa retumbó con sus lamentos!

Espero no encontrarme jamás de nuevo en un estado de ánimo tan poco cristiano como aquel en que viví durante algunas semanas en lo que respecta a la memoria del señorito B. Que su campana fuese accionada por ratas, o ratones, o murciélagos, o el viento, u otra vibración accidental, o a veces por una causa, a veces por otra, y a veces por una combinación de todas ellas, no lo sé; pero lo que es cierto es que sonaba dos noches de cada tres,

hasta que se me ocurrió la feliz idea de torcerle el pescuezo al señorito B. —es decir, romper su campana de raíz— y acallar a ese joven caballero, según mi experiencia y convicción, para siempre.

Pero para entonces, la Chica Comodín había desarrollado tales poderes progresivos de catalepsia que se había convertido en un brillante ejemplo de ese trastorno de lo más inconveniente. Se ponía rígida como un muñeco de Guy Fawkes dotado de sinrazón en las ocasiones más inapropiadas. Me dirigía a los criados de manera lúcida, señalándoles que había pintado la habitación del señorito B. y frustrado el papel, y que había quitado la campana del señorito B. y frustrado el repique, y que si podían suponer que ese maldito chico había vivido y muerto para no tener otro comportamiento que el que, con toda certeza, le habría granjeado el encuentro más íntimo con las partículas más afiladas de un escobón de abedul en el imperfecto estado actual de la existencia, ¿podían también suponer que un mero ser humano, como era yo, fuera capaz por esos medios despreciables de contrarrestar y limitar los poderes de los espíritus incorpóreos de los muertos, o de ningún espíritu? —Digo que me ponía enfático y convincente, por no decir algo ufano, en semejante discurso, cuando todo quedaba en nada por culpa de que la Chica Comodín se ponía de repente rígida de pies a cabeza y nos miraba fijamente como una petrificación parroquial.

Streaker, la doncella, tenía también un atributo de naturaleza sumamente desconcertante. No puedo decir si poseía un temperamento especialmente linfático, o qué otro trastorno la aquejaba, pero esta joven se convirtió en una mera destilería para la producción de las lágrimas más grandes y transparentes que jamás he visto. Unida a estas características había una tenacidad peculiar en esas lágrimas, de modo que no caían sino que se quedaban prendidas en su rostro y en su nariz. En ese estado, sacudiendo la cabeza suave y lamentablemente, el silencio me aplastaba más que si el Admirable Crichton lo hubiera hecho en una disputa verbal por una bolsa de dinero. La cocinera, asimismo, siempre me cubría de confusión como con un manto, poniendo meticulosamente fin a la sesión con la protesta de que la «casa la estaba destrozando», y repitiendo mansamente sus últimos deseos respecto a su reloj de plata.

En cuanto a nuestra vida nocturna, el contagio de la sospecha y el miedo estaba entre nosotros, y no hay tal contagio bajo el cielo. ¿Mujer encapuchada? Según las versiones, estábamos en un convento perfecto de mu-

jeres encapuchadas. ¿Ruidos? Con ese contagio instalado abajo, yo mismo me he sentado en el sombrío salón escuchando, hasta que he oído tantos y tan extraños ruidos que me habrían helado la sangre de no haberla calentado saliendo a toda prisa a investigar. Pruébese esto en cama, en el silencio de la noche; pruébese junto a la chimenea confortable, a la luz de la noche. Se puede llenar cualquier casa de ruidos, si se quiere, hasta tener un ruido para cada nervio del sistema nervioso.

Lo repito: el contagio de la sospecha y el miedo estaba entre nosotros, y no hay tal contagio bajo el cielo. Las mujeres (con las narices en crónico estado de excoiación por culpa de las sales aromáticas) estaban siempre cargadas y listas para el desmayo, y a punto de dispararse con el gatillo más leve. Las dos mayores enviaban a la Chica Comodín a todas las expediciones que se consideraban doblemente peligrosas, y ella siempre consolidaba la reputación de tales aventuras regresando cataléptica. Si la cocinera o Streaker subían al piso de arriba después de oscurecer, sabíamos que al poco tiempo oiríamos un golpe en el techo; y esto ocurría con tal regularidad que era como si se hubiera contratado a un boxeador para recorrer la casa administrando a cada doméstico con el que se topase ese golpe que creo se llama el rematador.

Era en vano hacer nada. En vano asustarse uno mismo, en su propia persona, ante un búho de verdad, y luego mostrárselo a todos. En vano descubrir, al dar por casualidad un acorde disonante en el piano, que Turk aullaba siempre ante ciertas notas y combinaciones. En vano ser un Radamanto con las campanas y, si alguna campanilla infortunada repicaba sin permiso, descoyuntarla inexorablemente y acallarla. En vano echar fuego por las chimeneas, bajar antorchas al pozo, irrumpir furiosamente en habitaciones y rincones sospechosos. Cambiamos de criados, y no fue mejor. Los nuevos huyeron, y vino un tercer grupo, y no fue mejor. Por último, nuestra cómoda vida doméstica llegó a estar tan desorganizada y ser tan miserable que una noche le dije con abatimiento a mi hermana:

—Patty, empiezo a desesperar de que podamos conseguir gente que siga aquí con nosotros, y creo que tenemos que abandonar esto.

Mi hermana, que es una mujer de ímpetu extraordinario, respondió:

—No, John, no lo abandones. No te dejes vencer, John. Hay otra manera.

—¿Y cuál es? —dije yo.

—John —respondió mi hermana—, si no queremos que nos echen de esta casa, y eso sin razón alguna que sea evidente para ti o para mí, debemos valernos por nosotros mismos y tomar la casa entera y exclusivamente en nuestras propias manos.

—Pero los criados —dije—.

—No tengas criados —dijo mi hermana con resolución.

Como la mayoría de la gente de mi condición, nunca había pensado en la posibilidad de salir adelante sin esos fieles obstáculos. La idea era tan nueva para mí cuando se la sugirió que la acogí con mucha duda.

—Sabemos que vienen aquí para asustarse e infectarse unos a otros —dijo mi hermana.

—Con la excepción de Bottles —observé yo en tono meditativo.

(El mozo de cuadra sordo. Lo mantenía a mi servicio, y aún lo mantengo, como fenómeno de hosquedad sin parangón en Inglaterra.)

—Desde luego, John —asintió mi hermana—, excepto Bottles. ¿Y a qué viene eso a demostrar? Bottles no habla con nadie ni oye a nadie a menos que le griten a voz en cuello, y ¿qué alarma ha dado o tomado Bottles nunca? Ninguna.

Esto era perfectamente cierto; el individuo en cuestión se había retirado, todas las noches a las diez, a su cama sobre las caballerizas, sin más compañía que un biello y un cubo de agua. Que el cubo de agua me habría caído encima y el biello me habría atravesado si me hubiera puesto sin anunciarme en el camino de Bottles después de ese momento, lo tenía grabado en mi mente como un hecho que valía la pena recordar. Tampoco había hecho jamás Bottles el menor caso de ninguno de nuestros numerosos alborotos. Hombre impasible e incommovible, se había sentado a cenar, con Streaker presente en un desmayo y la Chica Comodín petrificada, y sólo había metido otra patata en el carrillo, o aprovechado la miseria general para servirse pastel de bistec.

—Así pues —continuó mi hermana—, exceptúo a Bottles. Y considerando, John, que la casa es demasiado grande y quizás demasiado solitaria para ser llevada bien por Bottles, tú y yo, propongo que busquemos entre nue-

stros amigos un cierto número seleccionado de los más fiables y dispuestos, formemos aquí una sociedad durante tres meses, nos sirvamos a nosotros mismos y los unos a los otros, vivamos alegre y sociablemente y veamos qué ocurre.

Me encantó tanto mi hermana que la abracé en el acto y me entregué a su plan con el mayor ardor.

Estábamos entonces en la tercera semana de noviembre; pero tomamos nuestras medidas con tal vigor, y fuimos tan bien secundados por los amigos en quienes confiamos, que aún quedaba una semana del mes por concluir cuando todo nuestro grupo llegó junto alegremente y se reunió en la casa encantada.

Mencionaré en este lugar dos pequeños cambios que hice mientras mi hermana y yo estábamos todavía solos. Ocurriéndoseme que Turk aullaba en la casa de noche en parte porque quería salir de ella, lo aposté en su celda fuera, pero sin cadena; y avisé seriamente al pueblo de que cualquier hombre que se pusiera en su camino no debía esperar marcharse sin un desgarrón en la garganta. Luego le pregunté casualmente a Ikey si entendía de armas de fuego. Al responderme: «Sí, señor, sé reconocer una buena escopeta cuando la veo», le pedí el favor de que subiera a la casa y echara un vistazo a la mía.

—Es de fiar, señor —dijo Ikey, tras inspeccionar un rifle de dos cañones que compré en Nueva York hace algunos años—. No hay duda, señor.

—Ikey —dije yo—, no lo mencione: he visto algo en esta casa.

—¿De veras, señor? —susurró él, abriendo los ojos con avidez—. ¿La dama encapuchada, señor?

—No se asuste —dije yo—. Era una figura muy parecida a usted.

—¡Válgame Dios, señor!

—¡Ikey! —dije yo, estrechándole la mano con calor, podría decir con afecto—. Si hay algo de verdad en estas historias de fantasmas, el mayor servicio que puedo hacerle es disparar a esa figura. ¡Y le prometo por todo lo sagrado que lo haré con este rifle si la veo de nuevo!

El joven me lo agradeció y se despidió con cierta precipitación, tras rechazar un vaso de licor. Le revelé mi secreto porque nunca había olvidado

del todo que había lanzado su gorra a la campana; porque, en otra ocasión, había notado algo muy parecido a una gorra de piel, no lejos de la campana, una noche en que esta había comenzado a repicar de repente; y porque había observado que estábamos en nuestros peores momentos de terror siempre que él subía por las tardes a consolar a los criados. No le haga injusticia a Ikey. Tenía miedo de la casa y creía que estaba encantada; y sin embargo, hacía el juego de los fantasmas en cuanto tenía la oportunidad. El caso de la Chica Comodín era exactamente similar. Andaba por la casa en estado de terror verdadero, y sin embargo mentía de manera monstruosa y premeditada, e inventaba muchas de las alarmas que difundía, y producía muchos de los sonidos que oíamos. Los tenía vigilados a los dos, y lo sé. No es necesario que explique aquí este estado de ánimo absurdo; me contento con hacer notar que es bien conocido de cualquier persona inteligente que haya tenido la suficiente experiencia médica, jurídica u otra experiencia vigilante, que es un estado de ánimo tan bien establecido y tan común como cualquier otro con el que los observadores estén familiarizados, y que es uno de los primeros elementos que, por encima de todos los demás, hay que sospechar racionalmente, buscar con rigor y separar de cualquier cuestión de esta índole.

Volviendo a nuestra reunión. Lo primero que hicimos cuando estuvimos todos congregados fue sortear los dormitorios. Hecho esto, y habiendo sido examinada minuciosamente la casa entera por todos, asignamos las diversas tareas domésticas, como si hubiéramos ido de excursión campestre, o de viaje en yate, o de cacería, o fuéramos náufragos. Relaté entonces los rumores circulantes acerca de la dama encapuchada, el búho y el señorito B., junto con otros aún más tenues que habían flotado durante nuestra estancia relativos a un ridículo fantasma del sexo femenino que subía y bajaba llevando el fantasma de una mesa redonda; y también a un asno impalpable al que nadie fue nunca capaz de atrapar. Algunas de estas ideas creía yo de verdad que nuestra gente se las había comunicado unas a otras de algún modo morboso, sin transmitir las con palabras. Luego nos llamamos solemnemente a ser testigos los unos de los otros de que no estábamos allí para ser engañados ni para engañar —lo que considerábamos casi lo mismo— y que, con un serio sentido de la responsabilidad, seríamos estrictamente fieles los unos con los otros y seguiríamos estrictamente la verdad. Se estableció el acuerdo de que cualquiera que oyese ruidos inusuales en la noche y quisiera rastrearlos llamaría a mi puerta; por último, que en la duodécima noche, la

última noche de la santa Navidad, todas nuestras experiencias individuales desde ese momento presente de nuestra reunión en la casa encantada serían sacadas a la luz para bien de todos; y que guardaríamos silencio sobre el asunto hasta entonces, salvo por alguna provocación extraordinaria que nos hiciera romperlo. Éramos en número y en carácter los siguientes:

Primero —para quitar de en medio a mi hermana y a mí— estábamos nosotros dos. En el sorteo, mi hermana sacó su propia habitación y yo saqué la del señorito B. Después estaba nuestro primo John Herschel, llamado así en honor al gran astrónomo, del que supongo que no hay nadie que maneje mejor el telescopio. Con él estaba su esposa, una criatura encantadora con quien se había casado en la primavera anterior. Lo consideré (dadas las circunstancias) algo imprudente traerla, porque nunca se sabe lo que incluso una falsa alarma puede hacer en tales momentos; pero supongo que él sabría su negocio mejor que nadie, y debo decir que si ella fuera mi esposa, nunca habría sido capaz de dejar atrás su adorable y radiante rostro. Les tocó la sala del reloj. Alfred Starling, un joven extraordinariamente agradable, de veintiocho años, por quien siento la mayor estima, estaba en la sala doble; habitualmente la mía, y designada con ese nombre por tener un tocador en su interior, con dos ventanas grandes e incómodas que ninguna cuña que yo hubiera sido jamás capaz de fabricar mantenía cerradas, con cualquier tiempo, hiciese viento o no. Alfred es un joven que presume de ser «moderno» (otro término para disoluto, según lo entiendo yo), pero que en realidad es demasiado bueno y sensato para esas tonterías, y que se habría distinguido ya, de no haberle dejado su padre desafortunadamente una pequeña renta independiente de doscientas libras al año, gracias a lo cual su única ocupación en la vida ha sido gastar seiscientas. Tengo esperanzas, sin embargo, de que su banquero quiebre, o de que se meta en alguna especulación garantizada para rendir un veinte por ciento; pues estoy convencido de que si pudiera arruinarse, haría su fortuna. Belinda Bates, amiga íntima de mi hermana y una muchacha de lo más intelectual, amable y encantadora, se quedó con la sala de los cuadros. Tiene una notable vena poética, combinada con una auténtica seriedad práctica, y «apuesta» —por emplear una expresión de Alfred— por la Misión de la Mujer, los Derechos de la Mujer, los Agravios de la Mujer y todo lo que es mujer con M mayúscula, o no lo es y debería serlo, o lo es y no debería serlo. «¡Muy loable, querida mía, y que el cielo te ayude!» —le susurré la primera noche al despedirme de ella en la puerta de la sala de los cuadros—, «pero no te ex-

cedas. Y en lo que respecta a la gran necesidad que existe, mi cielo, de que más empleos estén al alcance de la mujer de los que nuestra civilización le ha asignado hasta ahora, no te abalances sobre los hombres desafortunados, incluso sobre aquellos hombres que a primera vista se ponen en tu camino, como si fuesen los opresores naturales de tu sexo; pues créeme, Belinda, a veces gastan sus salarios entre esposas e hijas, hermanas, madres, tías y abuelas; y la obra no es, en realidad, toda de Lobo y Caperucita Roja, sino que tiene otras partes.» Sin embargo, me estoy yendo por las ramas.

Belinda, como he mencionado, ocupaba la sala de los cuadros. Solo nos quedaban tres habitaciones más: la sala de la esquina, la sala del armario y la sala del jardín. Mi viejo amigo Jack Governor «colgó su hamaca», como él decía, en la sala de la esquina. Siempre he considerado a Jack como el marinero de aspecto más imponente que haya navegado jamás. Ya está canoso, pero tan apuesto como lo era hace un cuarto de siglo, más aún. Una figura corpulenta, jovial y bien formada, de hombros anchos, con una sonrisa franca, un ojo oscuro y brillante y una ceja oscura y poblada. Recuerdo esas cejas bajo un pelo más oscuro, y lucen mejor aún con su marco plateado. Ha estado adondequiera que llega la bandera de su Unión, Jack, y he encontrado viejos compañeros suyos, allá en el Mediterráneo y al otro lado del Atlántico, que se han iluminado y animado ante la mención casual de su nombre, y han exclamado: «¿Conoce usted a Jack Governor? ¡Entonces conoce a un príncipe de los hombres!» ¡Y así es! Y tan inequívocamente oficial de marina que, si lo encontrase saliendo de una cabaña de nieve esquimal enfundado en piel de foca, le convencería vagamente de que iba de uniforme naval de gala.

Jack puso en su día ese ojo suyo tan brillante y claro en mi hermana; pero resultó que se casó con otra dama y se la llevó a Sudamérica, donde ella falleció. Esto fue hace una docena de años, o más. Trajo consigo a nuestra casa encantada un pequeño barril de carne en salazón; pues siempre está convencido de que toda carne en sal que no sea de su propia preparación no es más que carroña, e invariablemente, cuando va a Londres, mete un trozo en su maleta. También se había ofrecido a traer consigo a un tal «Nat Beaver», viejo camarada suyo, capitán de un barco mercante. El señor Beaver, de rostro y figura macizos como los de un bloque de madera y con la apariencia de ser igual de duro por todos lados, resultó ser un hombre inteligente, con un mundo de experiencias acuáticas en él y grandes

conocimientos prácticos. A veces mostraba una curiosa nerviosidad, al parecer el efecto persistente de alguna enfermedad antigua; pero rara vez duraba más de unos minutos. Le tocó la sala del armario y se instaló allí junto al señor Undery, mi amigo y procurador, que bajó en calidad de aficionado «para aguantar hasta el final», como él decía, y que juega al whist mejor que toda la lista de abogados, de la cubierta roja del principio a la cubierta roja del final.

Nunca he sido más feliz en mi vida, y creo que ese era el sentimiento universal entre nosotros. Jack Governor, siempre hombre de recursos maravillosos, era el cocinero jefe, y preparó algunos de los mejores platos que he comido jamás, incluyendo unos currys insuperables. Mi hermana era la repostera y confitería. Starling y yo éramos el ayudante de cocina, por turnos, y en ocasiones especiales el cocinero jefe «reclutaba» al señor Beaver. Teníamos mucho deporte y ejercicio al aire libre, pero nada se descuidaba dentro, no había mal humor ni malentendidos entre nosotros, y nuestras veladas eran tan deliciosas que teníamos al menos una buena razón para ser reacios a acostarnos.

Tuvimos algunas alarmas nocturnas al principio. La primera noche, Jack me despertó con un farol de barco de lo más prodigioso en la mano, como la branquia de algún monstruo de las profundidades, informándome de que iba «a trepar al palo mayor» para bajar la veleta. Era una noche tormentosa y le repliqué; pero Jack me llamó la atención sobre el sonido que hacía, como un grito de desesperación, y dijo que si no lo solucionaban, alguien «invocaría un fantasma» en breve. Así que, hasta lo alto de la casa, donde apenas podía mantenerme en pie por el viento, fuimos, acompañados por el señor Beaver; y allí Jack, con farol y todo, seguido por el señor Beaver, trepó hasta lo alto de una cúpula a unos siete metros por encima de las chimeneas y se quedó en pie sobre nada en particular, desmontando la veleta tranquilamente, hasta que ambos se pusieron de tan buen humor con el viento y la altura que pensé que nunca bajarían. Otra noche, salieron de nuevo y quitaron una sombrerete de chimenea. Otra noche, cortaron una tubería de agua que sollozaba y gorgoteaba. Otra noche, descubrieron algo más. En varias ocasiones, los dos, con la mayor sangre fría, se descolgaron simultáneamente desde sus respectivas ventanas de dormitorio, mano sobre mano por sus colchas, para «revisar» algo misterioso en el jardín.

El acuerdo entre nosotros fue fielmente cumplido y nadie reveló nada. Todo lo que sabíamos era que, si alguna habitación estaba encantada, nadie parecía estar peor por ello.

CAPÍTULO 2

EL FANTASMA DE LA HABITACIÓN DEL SEÑORITO B.

EL FANTASMA DE LA HABITACIÓN DEL SEÑORITO B.

Cuando me instalé en la cabina triangular que se había ganado una reputación tan distinguida, mis pensamientos se volvieron naturalmente hacia el señorito B. Mis especulaciones sobre él eran inquietas y abundantes. Si su nombre de pila era Benjamín, Bisiesto (por haber nacido en año bisiesto), Bartolomé o Blas. Si la letra inicial pertenecía a su apellido, y ese era Baxter, Black, Brown, Barker, Buggins, Baker o Bird. Si era un expósito y lo habían bautizado solo con la B. Si era un chico de corazón de león y la B era la abreviatura de Britón o de Bull. Si podría haber sido pariente de una ilustre dama que alegró mi propia infancia y descendía de la sangre de la brillante Madre Bunch.

Con estas inútiles meditaciones me atormenté mucho. También llevé la misteriosa letra a la apariencia y las ocupaciones del difunto; preguntán-

dome si se vestía de Blanco, llevaba Botas (Calvo no podía haber sido), si era un chico de Buen juicio, si le gustaban los Bücher, si era bueno en el Boliche, si tenía alguna habilidad como Boxeador, si incluso en su Bulliosa infancia se había Bañado desde una caseta de baño en Bognor, Bangor, Bournemouth, Brighton o Broadstairs, como una Bola de Billar Botando.

Así, desde el primer momento me persiguió la letra B.

No tardé mucho en observar que jamás, por azar alguno, soñaba con el señorito B. ni con nada que le perteneciese. Pero en el instante en que me despertaba del sueño, a la hora que fuera de la noche, mis pensamientos lo retomaban y vagaban por ahí, intentando adjuntar su letra inicial a algo que encajase con ella y la mantuviera quieta.

Llevaba seis noches atormentado de ese modo en la habitación del señorito B. cuando comencé a percibir que las cosas empezaban a torcerse.

La primera aparición que se presentó fue a primera hora de la mañana, cuando apenas había amanecido y nada más. Estaba de pie afeitándome ante mi espejo cuando descubrí de repente, para mi consternación y asombro, que me estaba afeitando, no a mí mismo —yo tengo cincuenta años—, sino a un chico. ¿El señorito B., aparentemente?

Me estremecí y miré por encima del hombro; nada. Volví a mirar el espejo y vi con toda claridad los rasgos y la expresión de un muchacho que se afeitaba no para librarse de la barba, sino para hacérsela crecer. Sumamente turbado, di unas cuantas vueltas por la habitación y volví al espejo, resuelto a serenar la mano y completar la operación en la que me habían interrumpido. Al abrir los ojos, que había cerrado mientras recuperaba la firmeza, me encontré ahora en el espejo, mirándome fijamente, con los ojos de un joven de veinticuatro o veinticinco años. Aterrorizado por este nuevo fantasma, cerré los ojos e hice un enérgico esfuerzo por recobrar me. Al abrirlos de nuevo, vi, afeitándose la mejilla en el espejo, a mi padre, que llevaba mucho tiempo muerto. Es más: vi incluso a mi abuelo, a quien en mi vida había llegado a ver.

Aunque naturalmente muy afectado por estas notables visiones, decidí guardar mi secreto hasta el momento acordado para la divulgación general actual. Agitado por una multitud de curiosos pensamientos, me retiré a mi

habitación esa noche, preparado para enfrentarme a alguna nueva experiencia de carácter espectral. Y no fue vana mi preparación, pues, despertando de un sueño inquieto exactamente a las dos de la mañana, ¿cuáles fueron mis sentimientos al encontrarme compartiendo la cama con el esqueleto del señorito B.?

Me levanté de un salto, y el esqueleto se levantó también. Oí entonces una voz lastimera que decía: «¿Dónde estoy? ¿Qué ha sido de mí?», y, mirando con atención en aquella dirección, distinguí el fantasma del señorito B. El joven espectro iba vestido a una moda anticuada; o más bien, no tanto vestido como metido dentro de una funda de tela inferior color pimienta y sal, horrorizada mediante la adición de relucientes botones. Observé que esos botones iban en doble hilera sobre cada hombro del joven fantasma y parecían descender por su espalda. Llevaba un cuello de volante. Su mano derecha (que noté claramente que estaba manchada de tinta) estaba posada sobre el estómago; relacionando esta acción con algunos débiles granos en su semblante y su aire general de náusea, concluí que este fantasma era el fantasma de un muchacho que habitualmente había tomado una cantidad excesiva de medicamentos.

—¿Dónde estoy? —dijo el pequeño espectro con voz patética—. ¿Y por qué nací en los tiempos del calomelano, y por qué me dieron todo ese calomelano?

Respondí, con sincera seriedad, que a fe mía no podía decírselo.

—¿Dónde está mi hermanita —dijo el fantasma—, y dónde está mi angelical mujercita, y dónde está el chico con el que fui a la escuela?

Supliqué al espectro que se consolase, y ante todo que cobrase ánimo en lo referente a la pérdida del chico con quien había ido a la escuela. Le representé que probablemente ese chico nunca, en la experiencia humana, había salido bien cuando se le encontraba. Argüí que yo mismo, en mi vida posterior, había tropezado con varios chicos con quienes había ido a la escuela, y ninguno había respondido en absoluto a lo esperado. Expresé mi humilde convicción de que el chico nunca respondía. Le representé que era un personaje místico, un espejismo y una trampa. Relaté cómo, la última vez que lo encontré, lo hallé en una cena tras una muralla de pañuelo blanco de cuello, con una opinión inconclusa sobre todos los temas posibles y un poder de aburrimiento silencioso absolutamente titánico. Le conté cómo,

valiéndose de haber estado juntos en «casa del viejo Doylance», se había autoinvitado a desayunar conmigo (ofensa social de la mayor magnitud); cómo, avivando mis tenues rescoldos de fe en los chicos de Doylance, le había dejado entrar; y cómo había resultado ser un espantoso vagabundo por la tierra, persiguiendo a la raza de Adán con ideas inexplicables sobre la moneda y con una proposición de que el Banco de Inglaterra debería, so pena de ser abolido, acuñar y poner en circulación al instante, Dios sabe cuántos miles de millones de billetes de diez chelines y seis peniques.

El fantasma me escuchó en silencio, con la mirada fija.

— ¡Barbero! — me apostrofó cuando terminé.

— ¿Barbero? — repetí yo, pues no soy de ese oficio.

— Condenado — dijo el fantasma — a afeitar una clientela que cambia constantemente: ahora yo, ahora un joven, ahora tú mismo tal como eres, ahora tu padre, ahora tu abuelo; condenado también a acostarte con un esqueleto cada noche y a levantarte con él cada mañana...

(Me estremecí al oír este lúgubre anuncio.)

— ¡Barbero! ¡Sígueme!

Había sentido, incluso antes de que se pronunciaran las palabras, que estaba bajo un hechizo que me obligaba a seguir al fantasma. Lo hice de inmediato y ya no estaba en la habitación del señorito B. Mucha gente conoce los largos y fatigosos viajes nocturnos a que eran sometidas las brujas que solían confesar, y que, sin duda, contaban la exacta verdad, sobre todo porque siempre contaban con preguntas dirigidas y la tortura siempre estaba a mano. Afirmo que, durante mi ocupación de la habitación del señorito B., el fantasma que la habitaba me llevó en expediciones tan largas y disparatadas como cualquiera de aquellas. Sin duda, no fui presentado a ningún anciano con cuernos y rabo de macho cabrío (algo intermedio entre Pan y un ropavejero) que celebrase convencionales recepciones, tan estúpidas como las de la vida real y menos decentes; pero me encontré con otras cosas que me parecieron tener más sentido.

Confiado en que digo la verdad y en que se me creerá, declaro sin vacilación que seguí al fantasma, en primer lugar montado en una escoba, y después en un caballito balancín. El mismo olor de la pintura del animal — especialmente cuando lo sacaba frotándolo para calentarlo — estoy dis-

puesto a jurarlo. Seguí al fantasma después en un coche de punto, institución cuyo olor peculiar desconoce la presente generación, pero que estoy igualmente dispuesto a jurar que era una combinación de cuadra, perro con sarna y fuelles muy viejos. (En esto apelo a las generaciones anteriores para que me confirmen o refuten.) Perseguí al fantasma a lomos de un burro sin cabeza, o más bien de un burro que estaba tan interesado en el estado de su estómago que su cabeza estaba siempre allí abajo, inspeccionándolo; en ponis especialmente nacidos para cocear por detrás; en tiovivos y columpios de feria; en el primer simón, otra institución olvidada en la que el caballo se metía regularmente en la cama y lo arropaban con el cochero. Para no cansaros con un relato detallado de todos mis viajes en persecución del fantasma del señorito B., que fueron más largos y maravillosos que los de Simbad el Marino, me limitaré a una sola experiencia, a partir de la cual podréis juzgar las demás.

Me había transformado prodigiosamente. Era yo mismo y a la vez no era yo mismo. Era consciente de algo dentro de mí que ha sido lo mismo a lo largo de toda mi vida, y que siempre he reconocido bajo todas sus fases y variedades como algo que no cambia nunca, y sin embargo no era el yo que se había acostado en la habitación del señorito B. Tenía el cutis más terso y las piernas más cortas, y había llevado a otra criatura como yo, también con el cutis más terso y las piernas más cortas, detrás de una puerta, y le estaba confiando una proposición de la naturaleza más asombrosa.

Esta proposición era que debíamos tener un harén.

La otra criatura asintió con entusiasmo. No tenía la menor noción de la respetabilidad; yo tampoco. Era la costumbre del Oriente, era el modo del buen califa Harún Al-Rashid (¡déjame usar de nuevo el nombre corrompido una vez, que huele tan bien a dulces recuerdos!), el uso era muy laudable y sumamente digno de imitación. «¡Oh, sí!, tengámoslo», dijo la otra criatura, con un brinco, «un harén.»

No era porque abrigáramos la más leve duda acerca del carácter meritorio del establecimiento oriental que nos proponíamos importar por lo que advertíamos que debía mantenerse en secreto ante la señorita Griffin. Era porque sabíamos que la señorita Griffin carecía de simpatías humanas y era incapaz de apreciar la grandeza del gran Harún. Misterio impenetrable guardado ante la señorita Griffin, pues, confiémoslo a la señorita Bule.

Éramos diez en el establecimiento de la señorita Griffin junto a los estantes de Hampstead: ocho señoritas y dos caballeros. La señorita Bule, a quien yo calculaba que había alcanzado la madura edad de ocho o nueve años, ejercía el liderazgo en sociedad. Le planteé el asunto en el transcurso del día y propuse que se convirtiese en la favorita.

La señorita Bule, tras luchar con la timidez tan natural y encantadora en su adorable sexo, se expresó halagada por la idea, pero deseó saber cómo se proponía proveer para la señorita Pipson. La señorita Bule —que se entendía que había jurado a esa joven señorita una amistad de por mitades y sin secretos hasta la muerte, sobre el Devocionario y las Lecciones completo en dos volúmenes con estuche y cerradura— la señorita Bule dijo que no podía, como amiga de Pipson, disimularse a sí misma ni a mí que Pipson no era de lo más corriente.

Ahora bien, teniendo la señorita Pipson el pelo rubio y rizado y los ojos azules (que era mi idea de todo lo mortal y femenino que se llamase bello), respondí prontamente que consideraba a la señorita Pipson a la manera de una hermosa circasiana.

—¿Y qué más? —preguntó la señorita Bule con aire pensativo.

Respondí que habría de ser atraída con engaños por un mercader, traída a mi presencia velada y adquirida como esclava.

[La otra criatura ya había caído en el segundo puesto masculino del estado y había sido asignada a gran visir. Después se resistió a esta disposición de los acontecimientos, pero le tiraron del pelo hasta que cedió.] —¿No sentiré celos? —inquirió la señorita Bule, bajando los ojos.

—Zobeida, no —respondí—; tú serás siempre la sultana favorita; el primer lugar en mi corazón y en mi trono será siempre el tuyo.

La señorita Bule, ante esa promesa, consintió en proponer la idea a sus siete hermosas compañeras. Ocurriéndoseme en el transcurso de ese mismo día que sabíamos que podíamos confiar en una buena alma risueña llamada Tabby, que era la criada servil de la casa y no tenía más figura que una de las camas, y en cuyo rostro había siempre más o menos negro de fogón, deslicé en la mano de la señorita Bule después de cenar una nota a ese efecto: subrayando el negro de fogón como habiendo sido depositado en cierto modo por el dedo de la Providencia, señalando a Tabby para el papel de

Mesrur, el célebre jefe de los negros del harén. Hubo dificultades en la formación de la deseada institución, como las hay en todas las combinaciones. La otra criatura demostró tener un carácter vil, y, al ser derrotada en su aspiración al trono, pretendió tener escrúpulos de conciencia acerca de postrarse ante el califa; se negó a llamarle Comendador de los Creyentes; habló de él con desdén e inconsecuencia como de un mero «tío»; dijo que él, la otra criatura, «no iba a jugar», ¡jugar!, y fue en general grosero y ofensivo. Pero esta mezquindad de carácter fue reprimida por la indignación general de un harén unido, y yo quedé bendecido con las sonrisas de ocho de las más hermosas hijas de los hombres.

Las sonrisas solo podían prodigarse cuando la señorita Griffin miraba hacia otro lado, y entonces solo de manera muy cautelosa, pues había entre los seguidores del profeta una leyenda de que ella veía con un adornito redondo que había en el centro del dibujo de la espalda de su chal. Pero cada día, después de cenar, durante una hora, estábamos todos juntos, y entonces la favorita y el resto del harén real competían para entretener mejor el ocio del sereno Harún, que descansaba de las preocupaciones del estado —que eran, en general, como en la mayoría de los asuntos de estado, de carácter aritmético, pues el Comendador de los Creyentes se enredaba de manera terrible con las cuentas.

En esas ocasiones, el fiel Mesrur, jefe de los guardias del harén, estaba siempre en su puesto (la señorita Griffin solía llamar a dicho funcionario, al mismo tiempo, con gran vehemencia), pero nunca se desempeñó de manera digna de su reputación histórica. En primer lugar, que trajera una escoba al diván del califa, incluso cuando Harún llevaba sobre los hombros el manto rojo de la cólera (la pelliza de la señorita Pipson), aunque podía pasarse por alto en el momento, nunca encontró una explicación del todo satisfactoria. En segundo lugar, sus estallidos de risueñas exclamaciones de «¡Vaya, qué monas sois!» no eran ni orientales ni respetuosas. En tercer lugar, cuando se le instruía especialmente para que dijera «¡Bismillah!», decía siempre «¡Aleluya!». Este funcionario, a diferencia de los de su clase, era demasiado jovial en general, mantenía la boca abierta con demasiada amplitud, expresaba aprobación en una medida incongruente, e incluso en una ocasión —fue con motivo de la compra de la Hermosa Circasiana por quinientas mil bolsas de oro, precio módico además— abrazó a la esclava, a la favorita y al califa, a todos a la vez. (Entre paréntesis, que Dios bendiga a Mesrur, y

que hayan tenido hijos e hijas ese pecho tan tierno, ablandando muchos días duros desde entonces.)

La señorita Griffin era un modelo de decoro, y me resulta difícil imaginar cuáles habrían sido los sentimientos de aquella virtuosa señora de haber sabido, cuando nos conducía de dos en dos por la calle de Hampstead, que caminaba con paso majestuoso al frente de la Poligamia y el Mahometanismo. Creo que la misteriosa y terrible alegría que nos inspiraba la contemplación de la señorita Griffin en ese estado de inconsciencia, y la sombría sensación que prevalecía entre nosotros de que había un poder formidable en nuestro conocimiento de lo que la señorita Griffin (que sabía todas las cosas que se podían aprender en los libros) ignoraba, eran el resorte principal de la preservación de nuestro secreto. Se guardó maravillosamente, pero una vez estuvo a punto de traicionarse a sí mismo. El peligro y la escapada ocurrieron un domingo. Estábamos los diez alineados en una parte destacada de la galería de la iglesia, con la señorita Griffin a la cabeza — como todos los domingos —, anunciando el establecimiento de una manera nada secular, cuando sucedió que se leyó la descripción de Salomón en su esplendor doméstico. En el momento en que se hizo referencia a ese monarca, la conciencia me susurró: «¡Tú también, Harún!». El ministro que oficiaba tenía un estrabismo y este le ayudó prestándole la apariencia de leerme personalmente a mí. Un rubor carmesí, acompañado de una pavorosa transpiración, se difundió por mi semblante. El gran visir quedó más muerto que vivo, y todo el harén enrojeció como si el poniente de Bagdad brillase directamente sobre sus encantadores rostros. En ese momento pavoroso, la terrible Griffin se levantó y contempló con mirada siniestra a los hijos del Islam. Mi propia impresión fue que la Iglesia y el Estado se habían confabulado con la señorita Griffin para delatarnos, y que a todos nos envolverían en sábanas blancas y nos expondrían en el centro de la nave. Pero tan occidental — si se me permite la expresión como opuesta a las asociaciones orientales — era el sentido de la rectitud de la señorita Griffin, que simplemente sospechó que había manzanas de por medio, y nos salvamos.

He llamado al harén unido. Únicamente sobre la cuestión de si el Comendador de los Creyentes tenía el derecho de dar besos en ese santuario del palacio estaban divididas sus incomparables moradoras. Zobeida afirmó un derecho contrario en la favorita a arañar, y la Hermosa Circasiana se metió la cara en una bolsa de tela verde para libros para refugiarse. Por otro lado,

una joven antílope de trascendente belleza procedente de las fértiles llanuras de Camden Town (de donde había sido traída, por mercaderes, en la caravana semestral que cruzaba el desierto intermedio después de las vacaciones) mantenía opiniones más liberales, pero estipulaba limitar su beneficio a ese perro e hijo de perro del gran visir —que no tenía derechos y no estaba en cuestión—. Por último, la dificultad se resolvió mediante la instalación de una esclava muy joven como suplente. Ella, subida a un taburete, recibía oficialmente en sus mejillas el saludo que el gracioso Harún destinaba a otras sultanas, y era recompensada en privado con los fondos de las damas del harén.

Y fue entonces, en el apogeo del disfrute de mi dicha, cuando empecé a estar profundamente preocupado. Comencé a pensar en mi madre y en lo que diría si en verano llevaba a casa a ocho de las más hermosas hijas de los hombres, pero todas inesperadas. Pensé en el número de camas que teníamos en nuestra casa, en los ingresos de mi padre y en el panadero, y mi abatimiento se redobló. El harén y el malicioso visir, adivinando la causa de la infelicidad de su señor, hicieron todo lo posible por aumentarla. Profesaron una fidelidad sin límites y declararon que vivirían y morirían con él. Reducido a la mayor miseria por estas protestas de afecto, me quedaba despierto horas enteras, rumiando mi espantosa suerte. En mi desesperación, creo que podría haber aprovechado una primera oportunidad de caer de rodillas ante la señorita Griffin, confesando mi parecido con Salomón y rogando que se actuase en consecuencia según las ultrajadas leyes de mi país, si no se hubiera abierto ante mí un medio de escape imprevisto.

Un día estábamos paseando de dos en dos —ocasión en que el visir tenía sus instrucciones habituales de tomar nota del chico del portazgo, y si miraba descaradamente (como siempre hacía) a las bellezas del harén, hacerle dar garrote en el transcurso de la noche—, y resultó que nuestros corazones estaban velados de tristeza. Una acción inexplicable de la antílope había sumido al estado en la desgracia. Esa encantadora, alegando que el día anterior era su cumpleaños y que vastos tesoros habían sido enviados en un cesto para celebrarlo (ambas afirmaciones infundadas), había invitado en secreto pero con gran insistencia a treinta y cinco príncipes y princesas vecinos a un baile y una cena, con la estipulación especial de que «no los fueran a buscar hasta las doce». Este extravío de la fantasía de la antílope llevó a la sorprendente llegada a la puerta de la señorita Griffin, en diversos vehículos

y bajo variados acompañamientos, de una gran compañía de gala, que fue depositada en el escalón superior con un arranque de grandes expectativas y que fue despedida entre lágrimas. Al comenzar los dobles aldabonazos propios de esas ceremonias, la antílope se había retirado a una buhardilla trasera y se había echado el cerrojo; y con cada nueva llegada, la señorita Griffin se había puesto cada vez más frenética, hasta que al final se la había visto arrancarse el postizo. La capitulación definitiva de la infractora había sido seguida de soledad en el cuarto de la ropa blanca, pan y agua, y un sermón para todos de longitud vindicativa, en el que la señorita Griffin había empleado las siguientes expresiones: primero, «Creo que todos vosotros lo sabíais»; segundo, «Cada uno de vosotros es tan malo como el otro»; tercero, «Una pandilla de pequeños malvados».

En esas circunstancias, caminábamos con aire sombrío; y yo en particular, con mis responsabilidades musulmanas pesando sobre mí, estaba de un ánimo muy bajo; cuando un extraño se acercó a la señorita Griffin y, tras caminar un rato a su lado y hablar con ella, me miró a mí. Suponiendo que era un esbirro de la justicia y que había llegado mi hora, eché a correr de inmediato, con el propósito general de ir a Egipto.

Todo el harén gritó al verme salir corriendo tan rápido como me lo permitían las piernas (tenía la impresión de que la primera calle a la izquierda y girando por el lado de la taberna era el camino más corto a las Pirámides), la señorita Griffin me gritó que volviera, el traicionero visir corrió tras de mí, y el chico del portazgo me acorraló como a una oveja en un rincón y me cortó la huida. Nadie me regañó cuando me capturaron y me trajeron de vuelta; la señorita Griffin dijo solo, con una suavidad aplastante: esto era muy curioso, ¿por qué había echado a correr cuando el caballero me miró?

Si hubiera tenido aliento para responder, me atrevo a pensar que no habría dado ninguna respuesta; no teniendo aliento, ciertamente no di ninguna. La señorita Griffin y el extraño me tomaron cada uno por un lado y me escoltaron de vuelta al palacio en una especie de cortejo solemne; pero en absoluto (como no podía dejar de sentir, con asombro) en cortejo de culpable.

Cuando llegamos, entramos solos en una habitación, y la señorita Griffin llamó en su ayuda a Mesrur, jefe de los oscuros guardias del harén. Mesrur, al recibir el susurro, comenzó a derramar lágrimas.

— ¡Bendito seas, mi amor! —dijo ese funcionario, volviéndose hacia mí
—. ¡Tu papá está muy malico!

Pregunté con el corazón agitado:

—¿Está muy enfermo?

— ¡Que el Señor temple el viento para ti, corderito mío! —dijo la buena Mesrur, arrodillándose para que yo tuviera un hombro reconfortante en el que apoyar la cabeza—. ¡Tu papá ha muerto!

Harún Al-Rashid salió huyendo ante esas palabras; el harén se desvaneció; desde ese momento, no volví a ver a ninguna de las ocho de las más hermosas hijas de los hombres.

Me llevaron a casa, y en casa había deudas además de muerte, y hubo una subasta. Mi propia camita fue tan desdeñosamente contemplada por un poder desconocido para mí, llamado vagamente «el Gremio», que hubo que añadirle un cubo de carbón de latón, un asador y una jaula de pájaros para hacer un lote, y aun así se fue por una canción. Eso fue lo que oí mencionar, y me pregunté qué canción, ¡y pensé qué canción tan grande debía de ser para cantarla!

Luego me enviaron a un gran colegio frío y desnudo de chicos grandes, donde todo lo que había que comer y llevar era grueso y basto, sin ser suficiente; donde todos, grandes y pequeños, eran crueles; donde los chicos sabían todo lo de la subasta antes de que yo llegase, y me preguntaban por cuánto me había ido y quién me había comprado, y me abucheaban: «¡A la una, a las dos, a las tres!». En ese desdichado lugar jamás susurré que había sido Harún, ni que había tenido un harén; pues sabía que si mencionaba mis desventuras, me atormentarían tanto que tendría que ahogarme en el estanque fangoso cercano al patio de recreo, que tenía el color de la cerveza.

¡Ay de mí, ay de mí! Ningún otro fantasma ha frecuentado la habitación del chico, amigos míos, desde que yo la ocupo, sino el fantasma de mi propia infancia, el fantasma de mi propia inocencia, el fantasma de mi propia aérea fe. Muchas veces he perseguido al fantasma, nunca con este paso de hombre que tengo para alcanzarlo, nunca con estas manos de hombre que tengo para tocarlo, nunca más con este corazón de hombre que tengo para tenerlo en su pureza. Y aquí me veis trabajando, con toda la alegría y el agradecimiento que me es dado, en mi condena de afeitarse en el espejo a

una clientela que no cesa de cambiar, y de acostarme y levantarme con el esqueleto que me ha sido asignado como compañero mortal.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB